

MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA, "Por amor d' esta dueña fiz trobas e cantares". *Los personajes femeninos en el Libro de buen amor de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita*, México: UNAM-Sistema Universidad Abierta-Facultad de Filosofía y Letras, 2002 (Biblioteca Crítica Abierta, Serie Letras 2).

UNA TROVA MÁS: EROTISMO Y MISTICISMO  
DEL SIGLO XIV AL XXI

Desde el epígrafe, este libro anuncia caminos encubiertos, cuyo horizonte deja a la luz un sinfín de vericuetos por recorrer:

Sentido e intención en el *Libro de buen amor*, la mujer como fuente de devoción, de seducción, de erotismo y de misticismo; los caminos esenciales que llevan al amor, el cortejo amoroso, el "loco" y el "buen" amor... y todo ello en función de los personajes femeninos que aborda de manera detallada Miaja en su libro.

Además la autora, generosamente, incluye una cronología de Juan Ruiz, así como un breve, pero no por ello menos sustancioso, trayecto por la estructura, los géneros y las fuentes de "una de las obras más destacadas del siglo XIV en España" (Miaja, 13).

Acerca al lector a una vasta bibliografía que abarca las ediciones de la obra del Arcipreste, la crítica especializada, así como los estudios monográficos, lo que resulta de gran interés para legos y eruditos y para cualquier enamorado de Juan Ruiz y su *Libro de buen amor*.

Como se lee en la *Introducción*, la autora se aproxima a un texto que, amén de tener una aguda intención didáctica y moral, posee también una muy personal visión del mundo. Como siempre, todo es ambivalencia en el *Libro de buen amor*.

Sin importar las abundantes páginas que se han escrito sobre la obra del Arcipreste de Hita, Tere Miaja incursiona con seriedad y entusiasmo en esta polifacética obra, ascética a veces, muchas otras satírica y que ofrece un amplio panorama social, político y moral "y sobre todo literario de la época" (Miaja, 14). Desde el inicio del libro la autora da indicios

de que va a poner "onra, [a] lo que devié aver" (Miaja, 14).

Veamos... En el primer capítulo se invita al lector, ante todo, al disfrute del *Libro*, a asumir gustoso "la realidad dual de su creador y por ende su doble intención" (Miaja, 17). Incita a encontrar aquello que se busca: "trabaja do fallares las sus señales çiertas" y más adelante vuelve a citar la autora: "saber bien e mal, e usar lo mejor".

Placer y dolor son a lo largo de la obra del Arcipreste, y del libro de Miaja aspectos que se implican; como en un mega-parallelismo se enlazan el texto del siglo XIV y el de la ensayista que le da nueva carta de presentación.

Entremos a los personajes femeninos y al meollo que Miaja quiere destacar (21-72). En un juego de dualidades: devoción y seducción, presenta la doble faceta de la mujer de la Edad Media. Eva y María son la *voluptas carnis* y la *fecunditas carnis* que se oponen, de la misma manera que están en pugna el loco y el buen amor, la belleza pecaminosa y la belleza armónica; la oscilación —dice la autora— está "entre el exceso y la continencia" (Miaja, 24). Pero, a fin de cuentas, considera acertadamente Miaja que todo es obra de Dios: "si para bien non fueraltan noble [la] mujer non saliera".

He aquí un sesudo panorama del recorrido amoroso y frustrado que —según la autora— llevará al protagonista a afirmar que no se puede vivir sin dueñas, damas, doncellas "en quienes residen las virtudes y las gracias" (Miaja, 24), pues son ellas las razones "non encubiertas" en el camino hacia el amor.

Cito a la autora: "La monja, la mora, la mujer chica o la viuda... son, gracias al Arcipreste, mujeres plenas de contenido y cualidades y no sólo de apariencia, ya que en el texto del Arcipreste se conju-

gan... la visión clásica y la tradicional de la mujer..., conformando con todo ello una nueva visión de la imagen de la mujer en el siglo XIV español” (Miaja, 26).

Irrumpe después en la sensualidad árabe: “a dueñas y doncellas las describe [el Arcipreste] como frutos apetecibles aunque perecederos” (Miaja, 28). Así vislumbra la autora una particular concepción de la imagen de la mujer en la literatura española en virtud de la fina lectura que propone del *Libro de buen amor*.

¿Y qué es lo que nos dice Miaja acerca del erotismo y el misticismo en las figuras femeninas? Recordemos que estamos en la búsqueda y el aprendizaje —es la moda de la época (siglo XIV)—. Se trata prácticamente de un rito iniciático hacia el amor ¿el loco o el buen amor? ¿Acaso hay diferencia entre sumergirse en la fuente del amor amamantada por la Naturaleza o en la alimentada por la Divinidad?

Vuelvo a citar a la autora: “Este juego, entre ambas experiencias es, entonces, parte esencial y permanente en el texto, y el autor lo maneja con pericia, a la vez que con osadía, siempre plenamente consciente de su estado religioso y del papel de la censura” (Miaja, 30).

Más adelante Miaja (32) se hace una pregunta clave: ¿dónde reside el erotismo?, ¿cómo se manifiesta en el *Libro de buen amor*? Ella misma responde que se halla encubierto bajo recursos estilísticos y lingüísticos y es precisamente ello lo que permite descifrar el mensaje. Las dos caras de la moneda, erotismo (árabe) y misticismo (cristiano) se implican, se involucran en una promiscua poética, pasando de “lo humano a lo divino, de lo corporal a lo espiritual, de lo erótico a lo místico, del ‘loco amor’ al ‘buen amor’...al amor de Dios” (Miaja, 35); porque, como dice el de Hita, “cierta cosa es esta; el molino andando gana”.

Luego pasa la autora a definir la diversidad de los personajes femeninos —en sus aspectos sociales, físicos, psicológicos y morales (Miaja, 37-72)—, basán-

dose, para ello, en una clasificación que presenta de manera diferenciada:

— personajes femeninos que tienen un papel activo por su relación directa o indirecta con el protagonista narrador,

— personajes femeninos que conforman categorías y

— personajes femeninos que están tomados de la literatura, la religión o son alegóricos.

Personajes que pertenecen, pues, a la cotidianidad, a la imaginación o a la tradición; todo mezclado a la usanza del propio Arcipreste, pero también señalado de manera original por la autora en función de la adjetivación anunciada en la página 14.

Ella incursiona por los diversos tipos femeninos: la letrada, la joven casadera, la viuda, la madre represora, la judía, la barragana, la prostituta, la adúltera, la devota, la alcahueta, la serrana, la monja; y también por las categorías de mujeres ideales sin olvidar a las bíblicas y a las mitológicas. Toda una miscelánea, como el *Libro* que es objeto de este sensible y delicado análisis.

En efecto, Miaja rastrea todo tipo de damas: la virtuosa, la mujer salvaje, la seductora, la santa, Venus y hasta la Virgen María.

En la parte final Miaja se ciñe a un binomio fundamental que encontramos en dos obras maestras de la literatura española: el *Libro de buen amor* y *La Celestina*. Me refiero a la medianera y su presa, ¿el paradigma? Nada menos que el “cortejo amoroso”. Asimismo ofrece la investigadora un ameno y divertido análisis de las parejas equivalentes: Endrina-Trotaconventos/ Melibea-Celestina. Y si bien la tradición crítica ya ha mencionado las semejanzas entre ambas obras, la autora coteja y ofrece citas (celosamente silenciadas por otros) para, así, confrontar y aclarar los pasajes en cuestión, desde el punto de vista del receptor, en quien queda la incógnita: ¿desdoblamiento o unificación?, ¿loco amor o buen amor?

Sólo me resta decir que elaborar un libro de divulgación implica un múltiple esfuerzo: investiga-

ción y adaptación, significa “tirar muros”, hacer accesibles nuevas realidades —como lo hizo el rey sabio, Alfonso X— a un público lector, al destinatario que se enfrenta a una época que parece lejana, pero que al mismo tiempo se hace cercana gracias a

la “intérprete”, Tere Miaja, que nos pone su obra en las manos.

GRACIELA CÁNDANO FIERRO  
Universidad Nacional Autónoma de México